

ticia que se había cometido contra su propia independencia, le llevaba hasta el *solipsismo* de los estoicos y de los cínicos, hasta la más arrogante presunción y hasta la idolatría personal, no bastaba, en verdad, á atenuar la acusación que lanza el Apóstol contra los paganos, «de estar sin amor». <sup>(1)</sup> Sirviéndonos de la expresión de un Dahlmann, «faltaba al paganismo de los helenos, y á todo el paganismo en general, lo que consideramos enteramente natural los cristianos, porque sabemos respetar al hombre, la caridad». <sup>(2)</sup> Le faltaban las dos causas principales que hoy nos hacen reconocer fácilmente la igualdad con nuestro prójimo: la creencia que tiene el género humano de que todos descendemos de un mismo padre y de una misma madre, así como la fe de que todos somos llamados á un fin eterno. <sup>(3)</sup> Era imposible al pagano el amor del prójimo, como exigencia de sola la razón y de la naturaleza no corrompida del hombre, porque le faltaba una condición esencial para esto: la convicción del valor de la personalidad libre é independiente del individuo.

**4. ¿Por qué se despreciaba el trabajo en la antigüedad? Males causados por esta manera de mirar las cosas.**—De ahí, naturalmente, se deduce la segunda razón por qué no podía haber verdadera vida social en la antigüedad.

Reconozco la dignidad y la independencia de los derechos de los que viven á mi lado; de este conocimiento resulta necesariamente para mí el deber, no de restringir mi actividad en mí, ni tampoco en la colectividad, sino de hacer que medren con él cada una de las cualidades particulares que constituyen mi prójimo. Allí donde no se consideren las cosas de este modo, podrá el ciudadano hacer en pro del Estado, á quien debe lo que es, siendo el Estado el todo, esos grandes sacrificios de que hemos hablado; luego, cuando llegue el momento en que no se le

(1) Romanos, 1, 31.

(2) Dahlmann, *Politik* (2), § 221 y sig., p. 216 y sig.

(3) August., *Civ. Dei.*, 12, 21.

exija trabajo alguno, concretará á sí mismo todos sus cuidados, todas sus penas. Y los concretará con tanto más ardor, cuanto que le habían concedido antes menos holganza para pensar en su persona. Jamás se le ocurrirá de que debe volver su atención á los que no se adhieren como partes integrantes á su propio yo, ó de quien no espera ningún servicio.

He aquí una explicación del profundo desprecio en que se tenía el trabajo en la antigüedad. «La ociosidad y el horror al trabajo es el distintivo del mundo antiguo». <sup>(1)</sup> Están perfectamente conformes con esto los indios y los persas, los escitas y los tracios, los lidios, los egipcios y todos estos pueblos con los griegos y romanos. <sup>(2)</sup> Son tan raras, y están tan poco conformes con el espíritu de la antigüedad las expresiones sueltas, como las de que se sirve Hesiodo, cuando dice que «no es vergüenza el trabajo, sino la inactividad», <sup>(3)</sup> que apenas si merecen llamar la atención. En esta materia están absolutamente en el mismo pie los pueblos más civilizados de la antigüedad y los pueblos más groseros del paganismo moderno. <sup>(4)</sup>

Para nombrar el trabajo se sirvieron los griegos y romanos de una palabra que lo mismo puede significar necesidad, miseria, aflicción, tormento, que trabajo. Los trabajadores y los obreros fueron considerados por el mismo Aristóteles indignos del derecho de ciudadanía, sin nobleza de sentimientos, y sin aptitudes para las virtudes políticas. <sup>(5)</sup> Según Cicerón, «no hay talento que se desarrolle con el trabajo, porque es ocupación poco honrosa». <sup>(6)</sup>

Para conocer todo el desprecio á que llegó el trabajo, no hay más que recordar al desconfiado Domiciano que puso

(1) Karl Schmidt, *Die bürgerliche Gesellschaft in der altromischen Welt.* (Deutsch von Richard, 55 y sig.).

(2) Périn, *Vom Reichthum* (Deutsch, 1866, I, 187-226).

(3) Hesiodo, *Op.* 311 (Lehrs).

(4) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 164 y sig., 206, 224.

(5) Aristóteles, *Polit.*, 3, 3 (5), 1 y sig.; 8, 2 y sig. Hermann, *Griechische Privatalterth.*, 211 y sig.

(6) Cicerón, *Off.*, 1, 42, 150.

en libertad desdeñosamente á los discípulos de Jesucristo, cuando vió callosidades en sus manos. «Gentes que trabajan, pensaba para sí, són gentes de muy poca capacidad para concebir un pensamiento de que le pudiera resultar á él ningún peligro». <sup>(1)</sup>

Es imposible describir y presentar en todo su alcance los males que esa tendencia ha causado á la humanidad. El trabajo, de sí ya penoso y humillante, hecho además indigno y deshonesto, despojado de aprecio y de libertad, según lo hace notar muy bien Périn, «debió causar á la sociedad mayores perjuicios que la esclavitud en sus más repugnantes formas». <sup>(2)</sup> Se comprende fácilmente, porque había muchos que querían recibir un salario halagador como comediantes, como bufones ó como esclavos del pecado, mejor que rebajarse hasta la vergüenza del trabajo. Sólo podía resolverse á trabajar el que se veía obligado por la necesidad, ó aquel á quien se le cerraba el paso.

¿Y cómo llegaron á tan triste condición los antiguos? Nada hay que pueda inclinar al negro <sup>(3)</sup> al trabajo, porque es perezoso por naturaleza, y porque lo lleva consigo el clima enervante en que vive. Bajo otro cielo se doblega y se dedica al trabajo; pero el negro de los países australes resiste con obstinación <sup>(4)</sup> á los esfuerzos intentados en tal sentido, no sólo por pura pereza, sino también en virtud de otro principio. Dice que «el blanco es el que debe trabajar y no el negro; el blanco es un ser vulgar, mientras el negro es todo un caballero». <sup>(5)</sup>

Lo mismo sucedía entre los antiguos; se consideraban también caballeros y demasiado señores para trabajar. Los documentos que sobre los germanos nos ha dejado Tácito, nos permiten echar una ojeada sobre la verdadera causa de su horror al trabajo. «Cosa curiosa, dice, es más difícil

(1) Eusebio, *Hist. eccl.*, 3, 20.

(2) Périn, *Vom Reichthum*, 1866, I, 289 y sig., 297 y sig.

(3) Schauenburg, *Reise in Centralafrika*, II, 133.—Andrée, *Forschungsreisen in Arabien und Ostafrika*, II, 323, 329, 353.

(4) Trollope, *Australia and New Zealand*. (Tauchnitz), I, 72 y sig.

(5) Peschel, *Völkerkunde*, 156.

persuadirles á trabajar la tierra que á provocar á sus enemigos; les parece pereza é inercia recoger con el sudor de su frente lo que pueden conquistar con su sangre. Pasan mucho tiempo cazando, pero la mayor parte, en comer con exceso ó en dormir; los más valientes y belicosos son inactivos, dejan el cuidado de la casa, de los penates y de los campos, á las mujeres, á los viejos, á los débiles de la familia, y se corrompen en la ociosidad». <sup>(1)</sup>

No es ya sólo la pereza la que produce el horror al trabajo; hay motivos más poderosos: es el orgullo que teme encontrar en él un medio de humillación. Es verdad que no se comprendería si no fuera el trabajo más que un medio de adquisición y de provecho. Considerado desde este punto de vista, se le toleraría como mal necesario. Los mismos estoicos dejaban á los hombres que se arreglasen como pudieran con este principio: «han nacido los unos para los otros». <sup>(2)</sup> Pero el trabajo es también sacrificio y negación de sí mismo; es una donación que de las fuerzas personales y de sus frutos se hace al prójimo; exige que descienda el hombre de sus alturas imaginarias, donde reina como dominador soberano, y como señor que se basta ampliamente á sí mismo. Le es necesario confesar por una parte, que lo que posee ó quiere adquirir, le viene ó le vendrá, solamente á precio del trabajo de los otros, esto es, á precio de una inmolación personal. Por otra parte, se ve precisado á admitir que no puede procurarse por sí mismo aquello de que tiene necesidad. Hay, pues, en el trabajo una negación personal, ó más bien una renuncia de sí mismo, y una confesión de que no es mejor que los demás, al mismo tiempo que reconoce al prójimo como poseedor de los mismos derechos que él y hasta con pretensiones á su servicio.

Era, pues, intolerable para los antiguos este pensamiento; y no es que queramos hacer aquí alusión á los espíritus ordinarios y comunes, que se hallaban en posesión del

(1) Tácito, *Germania*, 14, 15.

(2) Cicerón, *Off.*, I, 7, 22.

poder y de las riquezas, que no vivían sino para sus placeres sin pensar que también ellos tenían deberes que cumplir. No queremos hablar tampoco de la jactancia y del desprecio general de toda obligación para con los demás en que tanto se complacían las muchedumbres de rudos estoicos y cínicos. Aun los mejores filósofos creían haber dicho algo elevado, cuando advertían al hombre que no se juntase con otros hombres, y no se entrometiera en sus negocios. «No te dejes mover por nada; nada del mundo te haga salir de tu reposo, de tu dignidad, del cuidado que tienes de ti solo; te bastas á ti mismo». Tal es el eterno tema de esa filosofía del egoísmo. «El mundo entero no es más que una vana imaginación», dice Marco Aurelio. <sup>(1)</sup> El hombre no debe hacer sino lo que está á su alcance inmediato. <sup>(2)</sup>

Según Epicteto, es hombre honrado el que dice: «No hago caso de nada; me basta dejar que pase la vida sin dificultades y sin obstáculos. Si tengo que ocuparme en algún negocio, someto al yugo mi cabeza, lo mismo que el que se casa, y levanto los ojos al cielo para encomendarme á Dios». <sup>(3)</sup> Conténtese cada uno con ocupar su puesto en el mundo, y hacer su papel como parte del todo. «El sabio no debe cuidar sino de sí mismo; padres, hermanos, hijos, patria, todo debe ser igual para él». <sup>(4)</sup> Si se cree que debe llegar al último límite de la caridad, se podrá acaso testificar exteriormente que se toma parte en el dolor del prójimo, pero nada más. «Puedes con tus palabras manifestar exteriormente compasión hacia el que sufre; pero guárdate de gemir juntamente con él interiormente, porque perderás tu propio reposo, y ya no serás feliz». <sup>(5)</sup>

Hasta ahí llega la conmiseración y la participación en la felicidad ó en la desgracia del prójimo; y para la inmolación y para el rendimiento en favor del prójimo ahí está

(1) Marco Antonino, 4, 3.

(2) Íd., 3, 4.

(3) Epicteto, *Dissert.*, 2, 17, 29.

(4) Íd., *Manuale*, 11; *Diss.*, 3, 3.

(5) Íd., íd., 16.

también la más alta cumbre hasta donde pudo lanzarse el espíritu de la antigüedad representada en sus más nobles hijos.

5. La autarquía de los cínicos y de los estoicos; la independencia cristiana de la personalidad. Independencia personal y libertad.—En presencia de semejantes aberraciones, tenía que resolver el Cristianismo un doble y difícil problema. Debía enseñar á los hombres el deber de la mutua abnegación, cuidando al mismo tiempo de la dignidad personal; ahora bien, esta última empresa era quizá más difícil que la primera. Por eso se comenzó por cumplirla en el nuevo orden de cosas.

Con bastante frecuencia hemos llegado á la convicción de que, en la antigüedad, nada era por sí mismo el hombre. Suponiendo que permaneciese en semejante situación, era naturalmente imposible imponer al individuo algún deber hacia sus semejantes, los cuales, considerados individualmente, no eran más que él. Los cínicos y los estoicos presintieron claramente este lado flaco del mundo antiguo; pero era de tal modo inaccesible la forma con que pretendían mejorarlo por su doctrina de la *autarquía*, esto es, por la suficiencia que encuentra en sí mismo el sabio, que debía, por necesidad, resultar imposible la socialidad.

Se trataba, ante todo, de enseñar á los hombres á conocer la autonomía de su personalidad moral, independiente de toda influencia exterior, pero sin desligar todos los lazos que la unían á la humanidad. El Cristianismo realizó esta empresa. No ataca las relaciones exteriores, y asegura en todos los casos la verdadera, personal é interior independencia del hombre. «Siervos, obedeced en todas las cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo al ojo como para agrandar á hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo á Dios». <sup>(1)</sup> «No os hagáis esclavos de los hombres». <sup>(2)</sup> «En cuanto á mí, dice el Apóstol, no me dejaré

(1) Colosenses, III, 22.

(2) I Cor., VII, 23.

dominar por nadie». <sup>(1)</sup> «Guárdese el que sirve al mundo y á las cosas del mundo de pegarse á ellas, como he aprendido yo á desasirme de ellas». <sup>(2)</sup> «He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir humillado y sé vivir en la abundancia; de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en aquel que me conforta». <sup>(3)</sup>

Esta doctrina rehabilitaba al hombre, declarado libre y hecho independiente en el interior de su ser, en su pensamiento, en su conciencia, en su voluntad, sin que en modo alguno se alterasen exteriormente, ni la justa sumisión hacia los que están más elevados en dignidad ni las obligaciones con respecto al prójimo.

De este modo desaparece entre los hombres toda distinción relativa á la libertad y á la independencia del hombre interior; porque estas palabras «no hay ya judío, ni griego; ni esclavo, ni libre; ni hombre, ni mujer», <sup>(4)</sup> no se refieren á las relaciones exteriores, sino al valor y á la independencia de la propia personalidad.

Como consecuencia de todo esto, se encuentran hoy los hombres unos en presencia de otros, pero no como se encontraron en otro tiempo; desaparecen ya para en adelante esas diferencias secundarias y puramente exteriores de rico y de pobre, de señor y de siervo, de noble y de pechero, puesto que ha encontrado el hombre su importancia y dignidad propias. En otros tiempos, éste era ciudadano, aquél extranjero; uno formaba parte del Estado, y era, por consiguiente, persona jurídica; otro, al contrario, estaba privado de todos los derechos, porque no pertenecía á ningún gran Todo. Viviendo para sí sólo, y considerado como tal, era una cantidad despreciable. Uno solo, era tenido en cuenta, porque era libre; millares y millones agrupados, formando un todo, no tenían valor alguno. Persis-

(1) I Cor., VI, 12.

(2) I Cor., VII, 29-31.

(3) Filipenses, IV, 10-13.

(4) Gálatas, III, 28.

tió, es verdad, la situación provisionalmente, como había estado antes, hasta el momento en que cambió por sí misma; porque desde el punto de vista exterior, no tenía el asunto capital importancia. Pero el extranjero, lo mismo que el senador, la joven esclava como su amo, el niño que estaba todavía en el seno de su madre, todo lo que hasta entonces no había sido nada, comenzó á ser algo; todos se hicieron hombres, ó en otros términos, seres personalmente independientes, y como tales, todos sin excepción iguales.

No estará fuera de su lugar la observación de que, en esta como en las demás cuestiones que hemos tratado aquí, consideramos simplemente el lado natural de la eficacia del Cristianismo. Los motivos propiamente sobrenaturales de reconocer esta nueva doctrina, vienen en segundo lugar, facilitando y asegurando la práctica del deber natural de la caridad universal, haciendonos agradable el ejercicio de ese deber humano que todos tenemos, convirtiendo la virtud natural en fuente del mérito sobrenatural.

**6. Novedad, razón é importancia del amor universal del prójimo.**—Al devolver al hombre su verdadero valor y su importancia natural, ha creado el Cristianismo igualmente el amor del prójimo, considerado como virtud puramente natural, porque «todos los seres aman á sus semejantes». <sup>(1)</sup> Debió, pues, el hombre amar á su prójimo, apenas aprendió á conocer en él esa dignidad que se le enseñó á estimar en sí mismo.

Sin embargo, no hubiera bastado á fundar sólidamente la verdadera práctica de la virtud de la caridad para con el prójimo. También los estoicos tenían constantemente en los labios la palabra que revelaba que todos los hombres tienen la misma naturaleza, pero sin eficacia para producir el amor del prójimo. ¡Era muy natural! En el mejor de los casos, podía conducir aquella enseñanza al amor de la naturaleza humana, considerada en abstracto, pero jamás á la caridad para con el hombre considerado como persona. Sea lo que quiera, es más noble y más poderosa esta

(1) Eclesiástico, XIII, 19.

razón, que considerar, por espíritu de oposición á la doctrina cristiana, la utilidad del Todo como motivo y medida de la caridad cristiana. <sup>(1)</sup>

Según este principio, es imposible una caridad universal. Si así fuera, ¿cómo podría el esposo amar á la esposa enferma, el hijo al padre que está hecho un niño, no siendo sino carga para ellos? ¡No! para fundar la caridad para con el prójimo, y la caridad verdaderamente universal, fué necesario añadir algo á lo que conocieron los antiguos, y ese algo lo añadió el Cristianismo. Nos ha enseñado primero á no ver en el hombre sólo una naturaleza mortal impalpable, de la cual participamos todos, sino que nos ha presentado á cada hombre como personalidad real y viviente, común á todos por la descendencia de un mismo padre y la transmisión de una misma sangre. Con las palabras «hermano» y «amor fraternal», que ha introducido, la doctrina de los antiguos sobre la humanidad, tan estéril hasta entonces, recibió una significación enteramente distinta, una significación palpable y real.

En segundo lugar, con la acepción cristiana de la palabra «naturaleza humana», nos ha enseñado á considerar á esa naturaleza, no como algo puramente físico, como se había hecho hasta entonces, sino como la base de todas las acciones del hombre como ser libre; haciendo que por ella fuese capaz cada individuo de poder erigirse él mismo en punto de partida y en centro de actividad moral.

Tal es el doble fundamento de nuestra caridad natural para con los hombres, y la razón por qué continúan existiendo la posibilidad y el deber del amor aun para con los malvados que abusan de su libre y moral aptitud para el bien. <sup>(2)</sup>

No hay necesidad de decir que, hecha abstracción de los motivos sobrenaturales, pueden añadirse á esta razón general, que comprende á todos los hombres, otras inclinaciones naturales que tengan también su valor. Se comprende fácilmente que debemos unirnos con amor más sin-

(1) Hoyns, *Die alte Welt in ihrem Bildungsgange*, 292.

(2) Sto. Tomás, *Summa theol.*, 2, 2, q. 25, a. 6.

tero á los que nos están unidos por los lazos de la sangre y de la gratitud. <sup>(1)</sup> Pero se trata aquí simplemente de la creación de la caridad universal, de la verdadera humanidad. Por ella, no sólo ha suscitado el Cristianismo una virtud sobrenatural, sino también una nueva virtud natural desconocida antes de él, una virtud que ni siquiera era posible á causa del punto de vista en que se colocaba el Paganismo.

Tiene completa razón Rückert, cuando, apoyado en estos principios, dice que con sus exigencias de caridad universal, no encontró el Cristianismo entre los paganos nuevamente convertidos ni suelo firme en que pudiera implantarse, ni lugar en la manera de pensar y de sentir que les habían sido peculiares hasta aquel momento. <sup>(2)</sup> Lo más difícil de comprender es cómo puede por esto acusar á la religión de Jesucristo. ¡No es ir contra la naturaleza embellecer la naturaleza, ni es crimen hacer humano el humano corazón!...

**7. El Cristianismo, corporación del mundo entero.**—Luego, perfecciona ya el Cristianismo de ésta manera las inclinaciones sociales de los hombres.

Lo hace más victoriosamente todavía con sus motivos sobrenaturales, que los destinan á todos á formar como «una gran familia de Dios unida por la fe y la gracia», <sup>(3)</sup> dirigiéndolos al mismo fin eterno, y esto, no sólo como padres naturales, sino también como padres espirituales. Esto ha sido precisamente una de las más felices consecuencias de los impedimentos del matrimonio establecido por la Iglesia. Se han fundado así relaciones sociales más extensas; gran número de familias, hasta entonces extrañas, se han visto obligadas á acercarse, y han impedido la asociación de las que ya estaban unidas, obligándolas á unirse con otras. <sup>(4)</sup> El Cristianismo, que ya es de sí «una

(1) Sto. Tomás, *id.*, 2, 2, q. 26, a. 7, 8.

(2) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, II, 294.

(3) I Cor., X, 17.

(4) Stein, *Die pathologischen Moralprincipien*, 2871, 263, 313, 19.